

PARTE QUINTA

I

De Vinicio á Ligia:

«El esclavo Flegonte, por quien te envío esta epístola, es cristiano; uno de los que han de recibir la libertad de tus manos; un antiguo servidor de nuestra casa, en el cual tengo absoluta confianza. Puedo, pues, escribirte con entera libertad, bien seguro de que esta carta no irá á parar á otras manos que á las tuyas. Te escribo desde Laurento, en donde nos hemos detenido á causa del insoportable calor. Popea posee aquí una magnífica villa que le fué donada por Otón, su primer marido, y que ha conservado á pesar del divorcio. En ella hospeda al César. Sigilosamente le había preparado una recepción espléndida. Pocos augustales figuraban entre los invitados; mas Petronio y yo formábamos parte de este reducido número. Después de la comida, en naves doradas, dimos un paseo por el mar, que estaba tranquilo como si durmiese. Remábamos nosotros mismos, porque la vanidad de la Augusta se complace en ser servida por cónsules é hijos de cónsules. El César, de pie junto al timón, revestido con la toga purpúrea, cantaba un himno, compuesto por él la noche precedente en colaboración con Diodoro. En las naves que formaban nuestro séquito iban esclavos indios, diestros en arrancar de las conchas marinas sonidos armoniosos. De las profundidades de Anfítrite emergían, como atraídos por la música, los delfines, y nos seguían luego retozando.

«¿Y sabes que hacía yo en tanto?... Pensaba en ti, suspiraba por tenerte á mi lado, sobre aquel mar azul como tus ojos, por recoger aquella música, aquel cuadro espléndido y

dártelo todo á ti, amada mía. ¿Querrás que un día vayamos á vivir á la orilla del mar, lejos de Roma? Poseo en Sicilia algunas tierras, con un bosque de almendros que en la primavera se cubren de flores, y merced á su peso descienden tanto las ramas que las extremidades se bañan en las aguas.

«Allí te amaré con delirio; allí practicaré la hermosa doctrina que Pablo me va enseñando, pues estoy convencido de que no se opone ni al amor ni á la felicidad... ¿Querrás?... Pero antes que me respondas voy á contarte lo que pasó en la nave.

«Cuando estuvimos á bastante distancia de la costa apareció una vela y entablada discusión acerca de si sería una simple lancha de pesca ó un buque que zarpara del puerto de Ostia, me incliné á creer lo primero. La Augusta, que era de mi dictamen, alabándome por haber yo descubierto la vela antes que los demás la vieran, dijo que nada debía de escapar á mis ojos, y cubriéndose el rostro con el velo me preguntó si sabría reconocerla de aquella manera. Petronio contestó por mí que detrás de las nubes hasta el sol resulta invisible. Mostróse ella muy complacida de la adulación, y, aparentando bromear, dijo que únicamente el amor podía oscurecer una vista tan penetrante como la mía. Después empezó á nombrar damas de la corte para averiguar en cual de ellas había puesto mi pensamiento. Por último pronunció tu nombre, descubriendo al propio tiempo su rostro y clavando en mí una mirada maliciosa y escudriñadora. He de agradecer á Petronio que en aquel instante hiciera inclinar la embarcación en términos que estuvo á punto de zozobrar, con lo cual consiguió apartar de mí la atención de los circunstantes, porque si hubiese oído palabras malévolas ó irónicas acerca de tí, difícilmente habría sabido sustraerme al deseo de romper con mi remo la cabeza de esta perversa mujer... Sin embargo, no temas: nada me ocurrirá que pueda disgustarte. Antes de partir, Pedro me dijo que no caería ni un solo cabello de mi cabeza, y yo tengo fe en el Apóstol. Una voz que sale del fondo de mi corazón me dice que todas y cada una de sus palabras se cumplirán, y puesto que bendijo nuestro amor, ni el César, ni todas las potencias infernales, ni el mismo Hado podrán separarme de tí. Esta convicción me colma de felicidad, de una felicidad eterna, serena, olímpica... ¡Perdona!... siendo cristiana no puede agradarte que hable del Olimpo y del Hado... perdóname, porque peco muy á pesar mio. Todavía no me ha purificado el bau-

tismo; es mi corazón como vaso vacío que Pablo de Tarso ha de llenar de vuestra dulcísima doctrina, que tanto amo porque es la tuya.

«En Ancio pasaré los días y las noches en perenne coloquio con Pablo, el cual desde el comienzo del viaje ha adquirido tal predicamento entre mis servidores que todos buscan su compañía, admirando en él, no ya á un taumaturgo, sino á un ser casi sobrenatural. Ayer vi en su semblante pintada la alegría, y al preguntarle la causa de este estado de ánimo me contestó: «Siembro.» Petronio sabe que viene conmigo y desea conocerle, cosa que también ocurre á Séneca, quien ha oído hablar de él por Galón. Pero palidecen ya las estrellas, amada mía, y el lucero matutino brilla con intensidad. Dentro de breves instantes la aurora teñirá de púrpura las olas... Todo duerme en torno mio; solamente yo velo y pienso en tí. Te saludo con los primeros rayos del alba, desposada mía.»

II

De Vinicio á Ligia:

«¿Has estado alguna vez en Ancio ¡oh, Ligia adorada! en compañía de los Aulo? ¡Qué dicha será para mí traerte á esta ciudad un día y mostrarte sus bellezas si aún no la conoces! Desde Laurento se suceden sin interrupción las villas, que llegan hasta la playa; la misma Ancio no es sino hilera interminable de palacios y de pórticos. Poseo aquí una casa en la misma orilla del mar, con bosques de olivos y de cipreses; y cuando pienso que esta casa será tuya, me parecen más blancos y esplendentes sus mármoles, más frondosos sus jardines, más azules las olas que la besan. El viejo Menicles, mayordomo de la villa, ha plantado en las praderas, bajo los mirtos, cuadros enteros de lirios, y al verlos me acordé en seguida del *impluvio* de casa de Aulo y del jardín en donde jugamos y paseamos juntos. También á tí te recordarán estos lirios la casa familiar, y por lo mismo estoy seguro de que Ancio y la villa serán de tu gusto.

«Apenas llegados, tuve de sobremesa un largo coloquio con Pablo. Las primeras palabras fueron para tí; luego el Apóstol empezó á instruirme en la santa doctrina. Yo estaba

pendiente de sus labios, y sus palabras eran á un tiempo tan dulces y eficaces que aunque supiera escribir como Petronio no podría explicarte lo que pasó entonces por mi alma. Ni siquiera sospechaba que pudiese existir semejante felicidad; que hubiera una belleza y una paz hasta ahora por nadie gozadas. Dime: ¿cómo es posible que la tierra pueda albergar juntamente á hombres como los apóstoles Pedro y Pablo de Tarso y á monstruos como el César? Te lo pregunto porque después de mi plática con Pablo pasé la tarde en casa de Nerón, y ¿sabes lo que oí? El César leyó su poema sobre el incendio de Troya, y después empezó á lamentarse amargamente de no haber presenciado nunca el espectáculo de una ciudad devorada por las llamas, diciendo que envidiaba á Priamo y dándole el nombre de venturoso mortal por haber visto á su patria destruida por el incendio. Contestóle Tigelino: «Pronuncia una sola palabra, ¡oh, César!, y yo mismo cojo una tea, y antes que termine la noche Ancio será consumida por el fuego.» El Emperador le trató de majadero. «¿Y adonde iría yo después, le dijo, para respirar las auras marinas, para fortalecer esta voz que los dioses me han otorgado como un don precioso que debo conservar para dicha y solaz del género humano? ¿No es por ventura Roma la causa de mis enfermedades? ¿No son los miasmas de la Suburra y del Esquilino el origen de mis ronqueras? ¿Y acaso no sería el incendio de Roma un espectáculo más grandioso y trágico que el de Ancio?» Todos los cortesanos quedaron extasiados ante la ocurrencia de Nerón, conviniendo en que sería proeza singular é inaudita convertir á la Ciudad señora del mundo en montón de cenizas.

«El César, animado por la adulación de los que le rodeaban, añadió que inspirándose en tan colosal incendio podría escribir un poema superior á los cantos de Homero y que, destruida la Ciudad, la reconstruiría de manera que las generaciones futuras la admiraran como una obra en parangón de la cual parecieran miserables y deleznable todas las demás. Los augustales, ebrios de entusiasmo, gritaron: «¡Hazlo, hazlo!»; á lo que replicó Nerón: «Para ello me faltan amigos más fieles y más devotos.» Te confieso que al oír las proposiciones del César y los gritos de los cortesanos me turbé profundamente, porque en Roma estás tú, amada mía. Ahora soy el primero en reirme de mis aprensiones, pues aunque el César y los augustales sean locos de atar, á buen seguro no cometerán semejante atrocidad.

Pero esto demuestra que nos vuelve tímidos el amor. No quiero negarte, sin embargo, que me sentiría más tranquilo si la casa de Lino estuviese lejos del *Transtevere*, muy apartada de esa red de callejuelas sucias, habitadas por pobres y extranjeros, donde correrías mayor peligro en caso de ocurrir cualquier acontecimiento funesto. Ni aún los palacios del Palatino serían, en mi concepto, morada digna de ti; al menos quisiera que no hubieses de experimentar la falta de aquellas comodidades á que te acostumbraste en la niñez. Vete, pues, á casa de Aulo, Ligia mía. He pensado mucho en esto. Oye: si el César estuviese en Roma, la noticia de tu reaparición podría llegar por boca de los esclavos al Palatino y atraer sobre tu cabeza la venganza del Emperador por haberle desobedecido; pero afortunadamente estará mucho tiempo en Ancio y los esclavos ya no hablarán de ti cuando regrese. Podrían ir contigo Lino y Oso. Por lo demás, tengo la esperanza de que antes que Roma vea de nuevo al César estarás ya en tu propia casa: en las Carinas. Desde luego bendigo el día, la hora y el instante en que traspasarás sus umbrales; y si Cristo, á quien aprendo á venerar, lo consiente, sea también bendito por los siglos de los siglos. Le serviré y daré por él, si es preciso, la sangre y la vida... digo mal; le serviremos ambos hasta que sea cortado el hilo de nuestra existencia. Te amo, Ligia, y te envío desde el fondo de mi corazón un cariñoso saludo.»

III

Oso, sacando agua de la cisterna, cantaba á media voz una hermosa canción de su país y dirigía de tiempo en tiempo miradas impregnadas de ternura á Ligia y á Vinicio los cuales se destacaban, cual blancas estatuas, sobre el fondo oscuro de los cipreses en el jardín de Lino. La luz del crepúsculo daba á los objetos tonos de oro y violeta. Los dos enamorados hablaban con voz queda en medio del silencio solemne del ocaso.

—¿No podría ocurrirte algún contratiempo, Marco, por haber marchado de Ancio sin permiso del Emperador?—le preguntó Ligia.

—No, amor mío. Nerón ha anunciado que estaría á solas dos días con Terpnos, para componer nuevos cantos. Además, ¿qué

me importa á mí el César cuando estoy á tu lado? Hacia dos noches que no lograba conciliar el sueño. El cansancio me obligaba de vez en cuando á cerrar los ojos; pero acometíanme en el acto pesadillas terribles, de las cuales despertaba sobresaltado en la persuasión de que corrías algún riesgo grave ó de que me robaban los caballos apostados en el camino de Ancio á Roma. Afortunadamente los he hallado todos en sus puestos y me han traído con una velocidad que jamás alcanzaron los corceles imperiales.

—No dudaba, no, de que vendrias... Oso, á ruegos míos, ha ido dos veces á las Carinas á preguntar por tí. Lino, y también Oso, se burlaban de mis cuitas...

Era evidente que ella le esperaba, porque en vez del vestido obscuro de costumbre se había puesto una estola blanca y llevaba en los cabellos anémonas rosadas.

Sentáronse sobre un banco de piedra.

—¡Qué paz reina aquí y cuán hermosa es vuestra vida!— dijo Vinicio. —¡Me siento tan feliz á tu lado! Jamás imaginé que pudiera existir un amor que permitiese querer con alma y vida y al mismo tiempo sentir tan inmenso y dulce sosiego. Ahora comprendo porque tú y Pomponia tenéis una serenidad tan admirable. Si; vuestra dicha es un don de Cristo.

Interrumpió su discurso para gozar un instante en silencio del encanto de la hora y del lugar. La luna, que acababa de aparecer en el horizonte, plateaba con sus rayos las copas de los árboles.

—Ya sé, ya... — dijo luego. — Al entrar he leído la pregunta en tus ojos: quieres saber si profeso ya tu religión, si he recibido el Bautismo... Pues no, amada Ligia, no he sido aún bautizado... ¿Sabes por qué? Porque Pablo me dijo: «Yo te he convencido de que Dios, Nuestro Señor, descendió á la tierra y sufrió pasión y muerte para redimir al género humano; á Pedro le corresponde sumergirte en la fuente de la divina gracia, pues él fué quien puso la mano sobre tu cabeza y te bendijo.» Por mi parte deseo, amada mía, que tú asistas al acto, y, si es posible, que sea mi madrina Pomponia. He aquí porque no he recibido todavía el sacramento del Bautismo, á pesar de que ya creo en el Redentor y en su santa doctrina... Pablo me ha explicado los misterios de ésta y ha guiado mis pasos por el camino de la Verdad... Después de todo, ¿cómo no había de dar fe á que Jesucristo, Hijo de Dios, descendió de los cielos, si lo afirman

Pedro, su discípulo, y Pablo, á quien se apareció?; ¿cómo no he de creer que Cristo era Dios, si lo atestiguan sus milagros y su resurrección? Fué visto en la ciudad, en el lago, en la montaña, y fué visto por personas cuyos labios jamás han sido mancillados por la mentira. Ya lo creía al salir del Ostriano porque pensé: «Podrá otro mentir, mas no este venerable anciano que dice resueltamente: *he visto.*» Con todo, me daba miedo vuestra religión. Antojábaseme que abría entre tú y yo un abismo y que era contraria á la sabiduría, á la belleza y á la felicidad. Mas ahora que la conozco ¿cómo no seguirla? ¿De qué ralea de hombres sería yo si no prefiriese la verdad á la mentira, el amor al odio, el bien al mal, el perdón á la venganza?... Pretenden también establecer acá, en la tierra, el reinado de la justicia otras doctrinas; pero solamente la cristiana vuelve justo al hombre y le purifica el corazón como ha purificado el tuyo y el de Pomponia. Ciego fuera si no lo viese. Y si, después de todo esto, Jesucristo nos ofrece á los que observamos su ley santa la vida eterna y con ella una felicidad infinita, ¿qué más podemos desear? Si preguntáramos á Séneca porque ensalza la virtud, siendo así que el vicio es más agradable, no sabría qué responder. Y, sin embargo, yo, actualmente, sé porque es preciso seguir el camino de la virtud: porque la bondad y el amor derivan de Dios, y porque cuando cierre mis ojos la muerte empezará á vivir, pues si he sido bueno en esta vida de tránsito subiré al cielo y allí te encontraré á ti, amada mía. ¿Cómo no seguir una doctrina que no sólo nos enseña la Verdad, sino que destruye la muerte? El entendimiento nos dice que emana de Dios y el corazón que es la mejor. ¿Es posible resistir á estas dos fuerzas?

Ligia le miraba embebecida con sus ojos azules que á la luz de la luna semejaban dos flores cubiertas de gotas de rocío.

—Sí, Marco—le dijo;—has comprendido la esencia del Cristianismo.

En aquel instante, en íntima comunión de sentimientos sus corazones, considerábanse inmensamente dichosos, porque sentían la influencia de una fuerza misteriosa que les ligaba con vínculos más estrechos que los del mismo amor; con vínculos suavísimos y al mismo tiempo de una solidez inquebrantable, en virtud de los cuales el mismo amor resultaba imperecedero. Tenían profunda fe en que no dejarían nunca de amarse, nunca de pertenecerse, ni aún después de esta vida. Para Vinicio era

aquel no sólo un amor puro y fuerte, sino un amor nuevo, un amor hasta entonces desconocido en la tierra.

Y, dominado por este sentimiento, Vinicio continuó hablando con voz tierna y temblorosa:

—Tú serás el alma de mi alma; la más amada de las criaturas; latirán al unisono nuestros corazones; juntos elevaremos nuestras plegarias al Señor; juntos le daremos las gracias por los dones que nos otorgue; juntos le contemplaremos luego por los siglos de los siglos. ¡Ah, qué hermoso es todo esto! ¿Sabes lo que pienso? Que nada resistirá á la religión verdadera; que la seguirá todo el mundo dentro de dos ó tres siglos; que caerán Júpiter y los demás dioses y sus templos, y sobre sus ruinas se levantarán los templos cristianos y no se adorará sino al único Dios. ¡Ah! ¿Sabes lo que hubo de contestar Petronio á Pablo después de la larga plática que en mi presencia tuvieron?...

—Explicame, Marco; explicame lo que pasó.

—Petronio, según su costumbre, se chanceaba; mas Pablo le dijo: «¿Cómo te atreves tú, siendo hombre tan despierto y razonable, á negar que Cristo vino al mundo y que resucitó, si á la sazón no habías nacido, y en cambio Pedro y Juan le vieron, y yo mismo le he visto en el camino de Damasco? Demuestre primero tu sabiduría que somos nosotros unos mentirosos y podrá después negar nuestro testimonio.» Mi tío contestó que no lo negaba, puesto que existen muchas cosas incomprendibles, atestiguadas, no obstante, por personas dignas de fe; pero que una cosa es admitir la existencia de un Dios extraordinario único y todopoderoso, y la otra abrazar su doctrina. «Mi naturaleza, añadió, repele cuanto tiende á esterilizar la vida y á desposeerla de sus atractivos. Si existen ó no nuestros dioses es problema que no intento resolver; pero es innegable que son bellos y que bajo su égida se vive alegremente y sin preocupaciones.» Pablo objetó: «Rechazas una religión de amor, de verdad, de perdón, por miedo de amargar con ella tu vida. Pero dime, Petronio: ¿está acaso vuestra vida libre de sinsabores?; ¿estás seguro tú, lo está alguno de los poderosos patricios que forman la corte de Nerón, al cerrar los ojos por la noche, de que no os despertará una sentencia de muerte? Y dime: si el César profesase esta religión de amor y de verdad, ¿no estaría más segura tu vida? Te preocupa el temor de privarte de los goces terrenos; pero ¿no sería entonces más venturosa y alegre tu existencia? En

cuanto á la belleza de la vida, si levantáis tan magníficos templos y tan soberbias estatuas en honor de unos dioses protervos, vengativos, falsos y adúlteros, ¿qué no haríais en honor del Dios de amor y de verdad? Estás contento con tu suerte porque vives en la opulencia y en el lujo, y muy bien podría acontecer que de la noche á la mañana te vieses pobre y desamparado. En este caso; cuánto más no te convendría que los que te rodean profesasen la religión cristiana! En nuestra Ciudad, muchos padres, entre ellos no pocos á quienes la fortuna ha favorecido á manos llenas, abandonan á sus hijos. Muy bien habrías podido ser tú uno de estos niños abandonados, lo que en modo alguno ocurriera siendo cristianos tus padres. Cuando contraigas matrimonio con la mujer á quien ames, sentirás el deseo de que te sea fiel hasta el sepulcro ¡y observa lo que ocurre entre vosotros, los paganos! ¡Cuánta vergüenza! ¡Qué ignominia! ¡Cuán frecuentes perjurios! Y en verdad te digo que las mujeres que llevarán á Cristo en el corazón, jamás faltarán á la fidelidad prometida al marido, como los maridos cristianos nunca harán traición á la mujer. Vosotros no podéis tener confianza ni en vuestros césares, ni en vuestros padres, ni en vuestras mujeres, ni en vuestros hijos, ni en vuestros servidores. Tiembla ante vosotros todo el mundo y vosotros tembláis ante los miseros esclavos, porque sabéis que á cada momento pueden revolverse contra vuestra opresión, como otras veces hicieron. Eres rico; mas ¿quién sabe si mañana serás despojado de tus riquezas? Eres joven; pero ¿puedes asegurar que antes de que amanezca no llamará á las puertas de tu casa un emisario del César llevándote la orden de que te abras las venas? Amas, y la traición del ser amado te amenaza siempre. Eres feliz entre tus vasos preciosos y tus estatuas, y es muy posible que no tardes en ser enviado al desierto de la isla Pandataria. Te rodean millares de sumisos esclavos; mas ¿quién te fía que no te asesinarán antes que salga el sol? Y ¿cómo es posible que en medio de tantos peligros y temores viváis tranquilos y alegres? En cambio, yo predico el amor, predico una doctrina que impone á los reyes el deber de amar á sus vasallos, al patricio el de amar á sus esclavos, y ordena á los esclavos servir por amor á sus señores, y obliga á todos á obrar con justicia y misericordia, y promete, en fin, á los que la siguen, una felicidad sin límites, como un mar sin riberas. ¿Todavía osarás decir, Petronio, que una doctrina semejante

esteriliza la vida? No; la religión verdadera embellece la existencia y tú mismo serías cien veces más feliz si ella dominase el mundo como lo señorea Roma.» Calló Pablo, y Petronio, anonadado por el discurso del Apostol, se encogió de hombros y respondió: «No se ha hecho para mí tal religión». Y, aparentando caerse de sueño, salió, añadiendo: «Prefiero mi doctrina ¡oh, judío!; pero no pretendo medir mis fuerzas con las tuyas en el arte oratoria.»

Yo escuchaba en silencio á Pablo, recogiendo con avidez todas sus palabras; y cuando habló de las mujeres cristianas me adherí con más entusiasmo á una doctrina cuyas máximas nutrieron tu inteligencia en la niñez. Ella fortalece mi amor y por ella tengo la convicción inquebrantable de que no encontrará escollos nuestra felicidad conyugal. ¡Ah, si! nos iremos lejos de Roma para que ni siquiera pueda turbarla el vaho de la corrupción.

—Sí, Marco—exclamó Ligia.—Me escribiste que tenias una propiedad en Sicilia... Los Aulo desean pasar en aquella isla los últimos años de su vida.

—Es verdad, amada mia—interrumpió Vinicio con júbilo.—Nuestras tierras confinan con las de Aulo; la naturaleza tiene allí un encanto indecible; el clima es benigno, las noches serenas; la fragancia de las flores convida á vivir. ¡Ah! Cuán apacible y dichosa se deslizará allá nuestra existencia. Olvidaremos todas nuestras amarguras, iremos juntos á descansar á la sombra de los bosques de olivos. ¡Cuán felices seremos, oh, Ligia! Amarnos, contemplar juntos el mar, el cielo, elevar nuestras plegarias á Dios, dispensar el bien y propagar la verdad: ¿puede gozarse de una dicha mayor sobre la tierra?...

En aquella parte de la población, habitada exclusivamente por obreros, todo dormía ya, y ni el menor ruido turbaba la quietud de la noche.

—¿Y me permitirás ver á Pomponia?—preguntó Ligia.

—Si, amada mia. Les invitaremos á venir á nuestra casa é iremos nosotros con frecuencia á la suya. ¡Oh! Y si el Apóstol Pedro quisiera venirse allá, ¡qué dicha oírle todos los días! Acaso lo consiguiéramos con nuestros ruegos, porque el pobre es ya muy viejo y le tienen rendido las fatigas. Pablo podría ir á vernos y conducir también á Aulo Plaucio por el camino de la verdad. Así como los soldados fundan colonias en países lejanos, fundaremos nosotros una colonia cristiana.

De pronto se oyó un espantoso rugido, profundo, cavernoso, que parecía salir de las entrañas de la tierra. Un calofrío recorrió todo el cuerpo de Ligia. Vinicio se levantó y dijo:

—Son los leones que rugen en los *vivarios* (1).

Pusieron oído atento. Al primer rugido respondió otro, y luego otro, y otros cien en diversos puntos de la Ciudad. Había en ésta, á veces, encerrados en las jaulas de los diversos circos, millares de leones que de noche expresaban, con aquella su manera peculiar de lamentarse, la nostalgia del desierto. Esto acontecía á la sazón. En medio de la solemne quietud se transmitían las fieras sus ansias de libertad, llenando de rugidos los ámbitos de Roma.

Ligia escuchaba temblando aquel terrible concierto que había turbado sus ensueños de felicidad y sonaba como una amenaza.

—No temas—le dijo Vinicio.—Se preparan espectáculos circensés y están los *vivarios* llenos de leones.

Entraron en la casa. Los rugidos iban en aumento y á cada instante se hacían más espantosos.

IV

En Ancio, Petronio conseguía diarias victorias sobre los augustales que se disputaban el favor del César. Tigelino había perdido casi por completo su influencia. En Roma, donde era preciso quitar de en medio á las personas por cualquier motivo peligrosas, confiscar sus bienes, resolver asuntos de interés público, organizar espectáculos ó satisfacer los monstruosos caprichos de Nerón, Tigelino, hombre astuto, rastrero, de pocos escrúpulos, era indispensable. Pero en Ancio el César se hallaba entregado á las delicias de una vida puramente helénica. De la mañana á la noche se recitaban versos, discutíase sobre su estructura, admirábanse los de forma más perfecta, se

(1) Lugar donde se guardaban vivos todo género de animales cuadrúpedos ó aves, peces, etc., para recreo ó para vender. Se pudiera haber traducido esta palabra, y en este caso con propiedad, por *leonera* ó por *lago de leones*; pero hemos preferido conservar la latina porque con ella el autor se refiere con frecuencia, no á los lugares donde estaban encerrados únicamente los leones, sino á los en que se guardaban toda clase de animales feroces destinados á los juegos del Circo.